

perfecciones criadas, cuando queremos tratar de la bondad y perfecciones del Criador.

Mas quien quisiere saber la origen deste amor del Salvador para con los hombres, lea el capítulo precedente, y ahí verá las fuentes y raíces deste amor; que son la grandeza de las riquezas y gracias que fueron concedidas á la sagrada humanidad de Cristo, y la grandeza del amor y obediencia que él tuvo á su eterno Padre, y la grandeza del deseo que tiene de la gloria dél. Por estas cuatro grandeas que allí se declaran, se entiende la grandeza deste amor de que aquí se ha tratado. Y para mas clara inteligencia desto, considere la grandeza del amor y deseo que algunos santos tuvieron de la salvacion de las ánimas, como fué el glorioso padre Sancto Domingo, el cual se derretia todo como una hacha encendida por la perdicion dellas. Considerémos tambien la caridad del apóstol Sant Pablo (de quien adelante hacemos mención) el cual deseaba ser anatema de Cristo por la salud de sus hermanos (x); y la de Moisen que pedia otro tanto, porque Dios perdonase los pecados de su pueblo (y); y donde no, que le borrarse del libro en que lo habia escripto; y la caridad de Sancta Caterina de Sena, que besaba la tierra que hollaban los predicadores, por tener oficio de salvar las ánimas, y pedia á nuestro Señor que tapase con ella la puerta del infierno, para que ninguna ánima pudiese entrar allá. Pues como la caridad de Cristo sea tanto mayor que la de todos los santos, quanto él es mayor que ellos, ¿cuál sería el deseo que tendria de la salvacion dellas, y cuán de voluntad se ofreceria á la muerte por ellas? El cual amor y deseo declaró él cuando dijo á sus discípulos, que le traian de comer (z): Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre que me envió, y acabar la obra que él me encomendó, que fué la redempcion del género humano.

## CAPITULO VIII.

Cómo en la sagrada Pasion señaladamente resplandescen la misericordia de Cristo nuestro Señor.

Ni ménos resplandescen en esta obra la misericordia de Dios que su bondad y caridad, de que habemos tratado. Donde se ha de notar que así como á la caridad pertenesce comunicar los bienes propios, así á la misericordia compadecerse de los males ajenos, y tomarlos sobre sí para remediarlos. Lo cual hizo nuestro clementísimo Redemptor por las entrañas de su gran misericordia. Para lo cual es cosa muy digna de notar que el pecado (si así se puede decir) tiene dos caras: una que mueve á indignacion, y otra que mueve á compasion, considerando la gran desventura y miseria que consigo trae, pues hace al hombre enemigo de Dios, y le priva del summo bien en que están todos los bienes. Es pues agora de saber que ántes del Diluvio miró Dios la cara del pecado que mueve á indignacion; y así destruyó el mundo con aquel Diluvio general que purgó toda la tierra (a). Mas cuando lo quiso redimir, miró la cara que movia á compasion; y así determinó remediar al hombre con el diluvio de su sangre preciosa. De aquel tiempo se escribe que viendo Dios la gran malicia que habia en el mundo, porque toda carne, que es, todos los hombres (b), estaban estragados con todo género de vicios y carnalidades; tocado interiormente de dolor (esto es, de ira y de indignacion), determinó quitar al hombre de encima de la tierra. Mas aquí por lo contrario,

(z) Rom. 9 (y) Exod. 32. (x) Joan. 4. (a) Genes. 7. (b) Genes. 6.

tocado de dolor, no de ira ni de indignacion, sino de compasion, vista la perdicion del mundo, determinó proveerlo de remedio. Usa la Escritura destes términos, ira, dolor é indignacion, y compasion, no porque haya estos afectos en la naturaleza divina, sino por hablar en nuestro lenguaje, y declarar los efectos que destes afectos proceden.

Movido pues aquel misericordioso y divino pecho con el espectáculo miserable de todos nuestros males, así de culpa como de pena, determinó por las entrañas de su misericordia, como dice Zacarías (c), bajar de lo alto, y alumbrar á los que estaban asentados en tinieblas y sombra de muerte, tan cercanos á ella, quanto está la sombra del cuerpo que la causa. Significando por estas palabras que no precedieron aquí méritos de los hombres, sino tinieblas y miserias. Por donde dice Sant Augustin (d) que no trajeron al Salvador del cielo á la tierra nuestros merecimientos, sino nuestros pecados. Los cuales sentia él mas que los dolores de su Pasion; porque mas le dolia ver á Dios tan ofendido, y los hombres tan perdidos, que todos cuantos dolores su cuerpo padesció.

Pues esta tan entrañable compasion le hizo tomar sobre sí todas las deudas de nuestros pecados, las cuales todas iban en aquella pesada Cruz que llevaba sobre sus hombros, como Sant Pedro dice (e), ofresciéndose él á ser el fiador y principal pagador dellas, para que á costa suya quedásemos todos libres. Y aunque no es cosa agradable á Dios, que el inocente pague lo que no debe; pero esle muy agradable la caridad y misericordia del que se ofrece á pagar por el pobre que debe. Y con esta tan costosa y sobrada paga fueron descargados todos nuestros pecados. Esto nos representó aquella serpiente que se hizo de la vara de Moisen (f), de la cual se escribe que se tragó las otras serpientes que los encantadores habian hecho con sus varas. Porque esta bendita serpiente nos representa á Cristo en la Cruz, en la cual tenía imágen de pecador, sin serlo; mas esta serpiente tragó las otras serpientes, que son los pecados, los cuales él quitó y consumió con el sacrificio de su Pasion.

Y tan de véras tomó sobre sí esta deuda, que nuestros pecados llama suyos, por tomar él á su cuenta la paga dellos. Y así dice en un salmo (g): Cercádome han, Señor, males que no tienen cuento, y hanme comprendido mis pecados, los cuales son tantos, que no se pueden ver. Y en otro salmo (h), se querella que el Padre eterno lo habia desamparado, y alejado dél la salud por razon de sus pecados. En las cuales palabras el inocentísimo Cordero, en cuya boca nunca se halló engaño, llama pecados suyos los que él habia tomado sobre sí para descargarnos dellos. Y esto es lo que tantas veces repite Esaías en el capítulo LIII, que todo trata de la Pasion del Salvador. Y así dice: El fué llagado por nuestras maldades, y quebrantado por nuestros pecados. La disciplina causadora de nuestra paz cargó sobre él, y con sus llagas fuimos nosotros curados. Y porque todo esto se hizo por orden del Padre, que por este medio quiso que se redimiese el mundo, dice el mismo Profeta que el Señor puso sobre los hombros dél las maldades de todos nosotros. Y porque no pensásemos que la voluntad del Hijo era diferente de la del Padre, añade

(c) Luc. 1. (d) De Verb. Apost. serm. 8. cap. 7. tom. 10.  
(e) 1. Pet. 2. (f) Exod. 7. (g) Psalm. 59. (h) Psalm. 21.

luego el Profeta, diciendo (i): Ofrescióse á la muerte, porque él por su propia voluntad se quiso ofrescer, y por esto no abrió su boca para quejarse, ni resistir á nada.

Esta obra de tan gran misericordia nos representó aquel piadoso samaritano del Evangelio (k), el cual hallando en el camino al herido y robado de ladrones, movido á compasion, curó sus llagas, y púsole en su jumento, caminando él á pié, y entrególo al dueño de una posada, sacando él dinero de su bolsa para que el herido fuese curado, obligándose á pagar lo demas, si mas gastase. Pues ¿quién es este doliente robado y herido de ladrones, sino el hombre miserable, que por el pecado introducido en el mundo por los demonios, perdió los bienes de gracia que habia recebido, y quedó herido en los bienes de naturaleza? Al cual nuestro piadoso samaritano, que es Cristo, curó con la medicina de sus sacramentos, y púsole sobre su jumento, quedándose él á pié, tomando para sí el trabajo, para dar descanso al herido, y cometiendo á los ministros de su Iglesia que prosiguiesen esta cura á costa suya, que es aprovechándose de los méritos de su sagrada Pasion, por los cuales se nos da el beneficio de la absolucion, que es la medicina de nuestros males. Pues todo este bien dijo Zacarías en su cántico que nos vino por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, por la cual nos vino á visitar dende lo alto (l). Y esta es la que señaladamente resplandescen en la sagrada Pasion, en la cual nuestro clementísimo Redemptor, como él dice, pagó lo que no habia robado; porque los robadores, que somos nosotros, quedásemos libres y descargados (m).

## CAPITULO IX.

Cómo la divina Providencia singularmente resplandescen en la sagrada Pasion de Jesucristo.

Tres caudalosos rios proceden del piélago de la divina bondad, que son caridad, misericordia y providencia. La caridad tiene por oficio comunicar sus bienes; la misericordia, como ya dijimos, compadecerse de los males y procurarles el remedio; mas la providencia hace lo uno y lo otro. Esto se ve en las inclinaciones y habilidades que dió el Criador á todos los animales para procurar lo que les cumple, y huir de lo contrario y dañoso, procurar su bien, y huir su mal.

Pues cuál sea la providencia que Dios tiene de los hombres, y señaladamente de todos sus escogidos, toda la sancta Escritura á cada paso nos la representa, especialmente los salmos, y los profetas, y todo el Nuevo Testamento, donde tantas veces se declara el cuidado que tiene Dios de sus siervos. Mas en ninguna cosa nos declaró mas esta providencia que en darnos á su unigénito Hijo, en el cual nos proveyó de todas las cosas necesarias á nuestra sanctificacion y salvacion, sin dejar cosa á que no señalase su particular medicina y remedio. Porque él primeramente alumbró nuestra ignorancia con su doctrina, esforzó nuestra flaqueza con sus ejemplos, encendió nuestra tibieza con sus beneficios, cura las dolencias de nuestras ánimas con la medicina de los sacramentos, y susténtalas con el manjar de su precioso cuerpo. Y allende desto, él satisfizo por nuestras deudas con sus dolores, él enriqueció nuestra pobreza con sus merecimientos, él enciende carbones sobre nuestro corazón con el fuego de su amor, y él asiste y acompa-

(i) Ibidem. (k) Luc. 10. (l) Luc. 1. (m) Psalm. 68.

ña á su Iglesia hasta el fin del mundo (a). Y sobre todo esto él está en el cielo representando al Padre eterno el precio de nuestra libertad, que son sus sacratísimas llagas, con las cuales aboga siempre por nosotros, y alcanza remedio para nuestros males. En lo cual todo se ve cuán grande sea el cuidado y providencia que tiene este clementísimo Redemptor de los suyos, y por cuántas vias y medios los incita y ayuda á toda bondad y sanctidad. Todo esto nos declara cuánto mas resplandescen la divina Providencia en habérsenos dado Cristo, y en su sagrada Pasion, que en todas las otras cosas; pues por ella nos vinieron todos estos y otros muchos bienes. Mas esto se verá mas claro adelante, cuando tratáremos de los frutos del árbol de la sancta Cruz; porque todos ellos son ayudas singulares para conseguir nuestra felicidad y último fin, que es el oficio propio de la Providencia.

## CAPITULO X.

Cómo resplandescen la justicia divina en la Pasion de nuestro Salvador.

Aunque la misericordia de nuestro Dios singularmente resplandescen en la Pasion del Salvador, pues toda fué obra de misericordia no debida, mas no por eso deja tambien de descubrirsenos en ella el rigor de la divina justicia. Para lo cual se presupone que como Dios es summamente perfecto, así lo son todas sus obras (a), de las cuales se dice que están hechas con número, peso y medida, para significar la orden y perfeccion con que están hechas y ordenadas. Entre estas obras una muy principal es la república deste mundo; y la ley eterna por donde él la gobierna, es aquella por la cual todas las repúblicas bien ordenadas se rigen, que es haber en ella castigo para los malos, y para los buenos galardón. Y cuando esto se hace, está la república bien ordenada; mas cuando esto falta, que es cuando á los buenos se niega el galardón, ó á los malos el castigo, en este caso está la república mal ordenada. Pues segun esto no era razon que en esta república de Dios hubiese esta fealdad y desorden, que tanta infinidad de maldades, y de agravios de prójimos, y de injurias y blasfemias cometidas contra aquella inmensa Majestad quedase sin castigo y satisfaccion.

Esta satisfaccion quiso el Salvador por las entrañas de su misericordia tomar á su cargo, ofresciéndose á satisfacer por esta deuda tan universal, como está ya dicho, y por eso cargaron sobre él todas las saetas de la divina justicia. Y así dijo el profeta Jonas en persona dél (b): Todos tus mares, Señor, y tus ondas pasaron sobre mí, y yo dije: Desechado estoy de la presencia de tus ojos. Y el mismo Señor en el salmo (c), hablando con su eterno Padre, dice: Sobre mí se confirmó tu furor, y todas las ondas de tu ira pasaron sobre mí. Mas cuán rigurosa haya sido la justicia que en este Señor fué ejecutada, entiéndese por la grandeza de los dolores que padesció, los cuales fueron, como averiguan los teólogos (d), los mayores que se han padescido y padecerán jamas en esta vida, segun que arriba se declaró.

Pues en la grandeza desta Pasion verá el hombre la severidad y rigor de la divina justicia, que tal satisfaccion pidió por los pecados del mundo. Y aunque de aquella inocentísima carne procedia aquella agonía del

(a) Matth. ult. (a) Sap. 11. (b) Jonx. 2. (c) Psalm. 87.  
(d) D. Thom. 3. p. q. 46. art. 6.

huerto, y aquellas voces que decía (e): Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; nunca el Padre eterno condescendió á estas voces tan dolorosas de carne que él tanto amaba, y que por sí nada debía, sino dejola en medio de la corriente de todos sus dolores.

Pues si desta manera trata el Padre á un Hijo tan amado (que es aquella sancta humanidad), que él amaba mas que á todas las cosas criadas, y esto porque pagaba por pecados ajenos, ¿cómo tratará al siervo rebelde y malo cuando lo hallare cargado de pecados propios? Esto es lo que el Salvador declaró á las piadosas mujeres que lo seguían llorando, cuando les dijo (f): Hijas de Hierusalén, no queráis llorar sobre mí, sino sobre vosotras y sobre vuestros hijos. Porque días vendrán en que digáis: bienaventuradas las mujeres estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron. Porque si esto se hace en el madero verde, ¿qué se hará en el seco? Entónces darán voces á los montes y á los collados que cayan sobre ellos, y los cubran donde nunca mas parezcan. Por lo dicho se ve cuánto se nos descubre en este misterio el rigor de la divina justicia, viendo lo mucho que pidió para descargo de nuestras deudas.

Pero no ménos se declara esto mismo considerando los socorros y remedios que el Salvador dejó para nuestra justificación, de que agora acabamos de tratar. Porque ninguna cosa le quedó por hacer de las que podían servir para esto, con lo cual deja á los buenos con bastante remedio, y á los malos sin excusa. Antes este es el mas recio artículo de que se les ha de hacer cargo el día de la cuenta. Y así lo significó el Salvador cuando dijo (g): Este es el juicio, que la luz vino al mundo, y amaron los hombres mas las tinieblas que la luz, por ser malas sus obras. Y dice: Este es el juicio, para dar á entender que el mayor cargo que en este día se ha de hacer á los malos, es no haber querido aprovecharse de los grandes bienes y remedios que el Hijo de Dios con su Pasion les ganó. De donde resulta estar los miserables con el agua á la boca, pereciendo de sed; y la mesa puesta con todos los manjares, muriendo de hambre; y entre tantas medicinas de sacramentos, están enfermos; y allanado el camino de la virtud, no quieren caminar por él; y abiertas las puertas del cielo aun á los ladrones, no quieren entrar por ellas; y satisfecha la deuda general de los pecados, no la quieren aplicar á sí con la virtud de la penitencia. Y sobre todo esto, entre tantos beneficios y incentivos de amor están helados, y entre tantos ejemplos de humildad soberbios, y entre tantos misterios y maravillas de Dios, ciegos y insensibles.

En lo cual se ve que las mismas cosas que declaran la grandeza de la divina Providencia y misericordia, esas mismas nos obligan á temer mas el rigor de la divina justicia; porque cuanto fueron mayores las ayudas que nos dieron, tanto mas nos obligaron, y tanto mas estrecha cuenta nos pedirán, porque conforme al recibo se ha de pedir cuenta del gasto. Y esta es una de las causas por donde todos los sanctos vivían con gran temor, no tanto por los pecados que habían cometido, cuanto por los beneficios que habían recibido; pues como el Salvador dice (h): A quien dieron mucho, de mucho le han de pedir cuenta.

Después desto convenia declarar cómo en este misterio, que los gentiles tuvieron por locura, resplandesce

(e) Matth. 23. (f) Luc. 23. (g) Joan. 3. (h) Luc. 12.

altísimamente la sabiduría divina. Mas porque esta materia presupone lo que adelante se escribe, quedará para su lugar.

#### CAPITULO XI.

Cómo en la sagrada Pasion y Encarnacion resplandesce la omnipotencia de Dios.

Ni ménos resplandesce en esta sagrada Pasion la omnipotencia de Dios, como lo declaró el Salvador en aquellas divinas palabras que alegamos, cuando dijo (a): Agora se llega el juicio del mundo, y agora el príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél. Y si yo fuere levantado en una Cruz, todas las cosas traeré á mí. En las cuales palabras profetizó dos cosas, las mayores y mas dificultosas de acabar de cuantas se han visto y verán jamas en el mundo; que fueron desterrar la idolatría, y traer los hombres á adorar por Dios á un hombre crucificado entre ladrones. Lo cual fué obra de tan gran poder, cual jamas en el mundo se vió. Mas desta tan grande maravilla ya tratamos copiosamente al fin del tratado segundo desta quinta parte, y por eso no lo repetimos aquí.

Tambien se descubre la grandeza deste poder en aquel admirable sentimiento que todas las criaturas mostraron al tiempo de su Pasion (b), pues el cielo se escureció, y la tierra tembló, y las piedras se partieron, y los sepulcros se abrieron, y el velo del templo se rasgó, y todas las estrellas del cielo escondieron su luz, y se vistieron de luto al tiempo que su Criador padescia. En lo cual mostraron que era Dios todopoderoso y Señor de cielos y tierra el que así era testificado y llorado de todas sus criaturas. Y por este indicio lo conoció el buen ladrón, y le pidió lugar en su reino (c), no de la tierra (de que ya salía), sino del cielo, donde reinaba el que en la Cruz padescia. Y por este mismo indicio lo conoció el Centurion, cuando dijo (d): Verdaderamente Hijo de Dios era este. Y por este le conocieron los que presentes estaban, hiriendo sus pechos, y reconociendo su pecado (e).

Resplandesce tambien (y mucho mas) esta omnipotencia en el misterio de la Encarnacion, que se presupone al de la sagrada Pasion. Porque este fué, como dice Sancto Tomas (f), el mayor de todos los otros milagros, por haberse comunicado aquí el sér y supuesto divino, que es infinito, á la naturaleza humana, que es finita y criada; y esto quedando ambas naturalezas en toda su perfeccion, sin que la mayor consumiese á la menor, ni la menor menoscabase la gloria de la mayor. Y con ser esto así, es esta liga y junta tan estrecha, que en ambas naturalezas no hay mas que una sola persona, que es la del Verbo divino. No es maravilla hallar unidad entre cosas diversas, cuando entreviene mistura y composicion entre ellas: como vemos que de diversos manjares que comemos, se hace un tercero, que es la sangre ó la carne de nuestros cuerpos; pero esto es por la resolucio y mistura de las partes. Mas estando las dos naturalezas divina y humana enteras, y en toda su perfeccion, haber tan grande unidad, y tan estrecha liga, que todas las propiedades de la naturaleza divina se afirmen de la humana, y todas las bajezas de la humana se afirmen de la divina, esto es cosa de summa admira

(a) Joan. 12. (b) Matth. 27. (c) Luc. 23. (d) Matth. 27. (e) Luc. 23. (f) Contra Gent. lib. 4. cap. 27.

cion. De manera que, como dice Sant Leon Papa (g), no es aquí la unidad causa de confusion ni de menoscabo de las propiedades de ambas naturalezas. Y así la una dellas es pasible y la otra impasible; y de aquella cuya es la ignominia, es tambien la gloria; y el mismo Señor es flaco y fuerte, y el mismo sujeto á la muerte, y el vencedor de la muerte. La una parte resplandesce con milagros, y la otra está subjecta á las injurias; la una no se aparta de la igualdad del Padre, y la otra no pierde la condicion y naturaleza de la Madre. Toda la humildad está en la majestad, y toda la majestad en la humildad. Hasta aquí Sant Leon. Desta comunio de parte á parte es causa aquella tan estrecha y tan admirable liga de las dos naturalezas en una persona: que es la mayor de las maravillas de Dios, y que mas declara la grandeza del poder de quien esto pudo hacer.

#### CAPITULO XII.

Cómo en la sagrada Pasion y Encarnacion resplandesce singularmente la sabiduría divina.

Así como en la sagrada Pasion resplandesce las perfecciones susodichas de nuestro Dios, no ménos resplandesce en ella su sabiduría, visto el medio tan conveniente que escogió para nuestra salud. Porque propio es de la sabiduría ordenar y escoger el medio mas conveniente y proporcionado para el fin que se pretende; y cuantas mas cosas en él entrevinieren, que sirvan para conseguir este fin, tanto el medio será mas excelente. Por donde se entenderá que este medio que la sabiduría divina escogió de la Encarnacion y Pasion del Salvador para obrar nuestra salud, fué convenientísimo, por las muchas cosas que en él se contienen, las cuales sirven grandemente para conseguir el fin deseado de nuestra reparacion.

Mas cuán dulce y devota sea esta materia, testificalo Sant Augustin (a), el cual dice de sí que después de bautizado no se hartaba en aquellos dias de considerar con una maravillosa dulcedumbre la alteza del consejo divino sobre la salud del género humano: esto es, cuán excelente y cuán conveniente medio habia sido este misterio para el fin susodicho.

Pues segun esto la primera conveniencia es ver la proporcion que tiene esta medicina para la cura de nuestra dolencia. Porque la causa y origen desta dolencia fué la desobediencia y soberbia de un hombre culpado que quiso usurpar la semejanza de Dios: por donde la cura deste mal habia de ser la humildad y obediencia de otro hombre sanctísimo, el cual con su humildad y obediencia reparase el daño de aquella antigua desobediencia. Esta conveniencia (que es el fundamento desta doctrina) se platica mas copiosamente en el capítulo iv, §. 1. deste tercer tratado.

Presupuesta ya esta doctrina, pondremos otras conveniencias que en esto hay. Porque convenia tambien esto para gloria y levantamiento del hombre caido; porque si hombre fué el que cayó y nos condenó, hombre tambien y verdadero hombre de la misma naturaleza fué el que nos levantó y reparó. Y esto es lo que el Apóstol significó cuando dijo (b) que el sanctificador y los sanctificados todos descendían de un mismo padre, que fué Adam. Porque como eran hombres y hijos de Adam los que tenían necesidad de ser sanctificados, así tambien convenia que fuese hombre y del mismo linaje el

(g) Serm. 3. de Pass. Dom. (a) Conf. lib. 9. cap. 6. (b) Hebr. 2.

que los habia de sanctificar (que fué Cristo nuestro Salvador) para que en la naturaleza donde se halló la culpa, se hallase tambien la medicina y remedio della.

Convenia tambien para que pues un árbol fué causa de todo nuestro daño, otro lo fuese de nuestro remedio; y que el demonio que por un árbol venciera, por otro fuese vencido; y que el que por medio de una mujer soberbia pervertiera al hombre, por medio del fruto virginal de otra humilde mujer se remediase el hombre; y que como él venció engañando, así él fuese engañado, juzgando á Cristo por pecador, porque le veia mortal y penado, y como á tal le procurase la muerte (no teniendo derecho sobre quien no tenia pecado), y por esta tiranía fuese él justamente desposeido de aquella noble presa que tenia en su reino, que eran los sanctos padres, con todos los miembros vivos de Cristo.

Convenia tambien para la hermosura de la victoria de Cristo. Porque hermosa victoria es vencer al enemigo con sus mismas armas. Ca el demonio introdujo el pecado en el mundo, y por el pecado entró la muerte; y con esa misma muerte que trajo el pecado, destruyó Cristo al mismo pecado, como quien pega fuego á un árbol con las ramas del mismo árbol. Y esto fué cortar la cabeza al gigante Goliath con la espada del mismo Goliath (c).

Convenia tambien para que en esta obra, que fué la mas excelente de todas las obras de Dios, no faltasen aquellas dos singulares virtudes y perfecciones suyas, las cuales andan en compañía de todas sus obras: que son misericordia y justicia (como atras queda declarado); porque la justicia se ejecutó en el Hijo, y la misericordia se concedió al siervo.

Convenia tambien esto para que tuviésemos un perfectísimo dechado de todas las virtudes, y particularmente de la caridad, de la humildad, de la paciencia, de la obediencia, de la esperanza, de la mansedumbre, de la pobreza evangélica, de la aspereza de vida y de todas las otras virtudes. Y no podia proponérsenos otro dechado mas perfecto y acabado que la vida y Pasion del Salvador, en la cual resplandesce los ejemplos destas virtudes mucho mas que las estrellas del cielo. Porque los ejemplos de nuestro Salvador son muy diferentes de los que leemos en los sanctos. Porque estos son ejemplos de criaturas (que no es mucho ser pobres, humildes y sufridas, pues son en sí tan bajas), mas estas mismas virtudes puestas en aquel soberano Señor que adoran los ángeles, tienen mayor peso y fuerza para mover nuestros corazones. Porque ¿qué corazón habrá tan frío, que no se encienda con este tan grande beneficio y obra de amor de nuestro Salvador? ¿Qué soberbia que no se abaje, viendo á Dios en su Pasion tan humillado? ¿Qué cobdicia que no se modere, viéndole en una Cruz desnudo? ¿Qué regalo que no se deseche, viéndole aquí con hiel y vinagre jaropado? ¿Quién procurará la cama blanda, viéndole acostado en un madero? ¿Quién será impaciente en las injurias, viéndole aquí escupido y abofeteado? Por donde se ve cuán grande eficacia tengan para movernos los ejemplos deste Señor.

Mas hay aquí otra cosa: y es que estos ejemplos, demas de ser ejemplos, son tambien beneficios; pues por ellos nos merecia Cristo la divina gracia. Y por esta parte son tambien estímulos que nos incitan á amar á quien por tantas vias obra nuestra salud.

(c) 1. Reg. 17.

Pues esta fué una de las principales causas de haber querido el Hijo de Dios vestirse de nuestra humanidad; porque solo Dios era perfectísimo ejemplo que seguramente podíamos imitar; pero no le podíamos ver. Mas al hombre podíamos ver; pero no era regla cierta para haberlo de imitar. Por lo cual, como Sant Augustin dice (d), era cosa convenientísima hacerse Dios hombre, para que así le pudiese el hombre ver, y vistole, imitar. De modo que ambas cosas eran necesarias para nuestra salud, que eran su divinidad y humanidad: la una para darnos remedio, y la otra para darnos ejemplo. Porque, como dice Sant Leon Papa (e), si no fuera Dios, no nos pudiera dar remedio, y si no fuera hombre, no nos diera ejemplo.

Convenía también esta sagrada Pasion para ejemplo y esfuerzo de los mártires. Porque sabía bien el Salvador con cuánto derramamiento de sangre de mártires innumerables se había de fundar su Iglesia. Y entendía cuán grande esfuerzo y consuelo habían de recibir ellos en sus batallas con el ejemplo de la grandeza de los dolores de la sagrada Pasion, y por esto quiso él que fuesen grandísimos; porque tal fuese el esfuerzo y consuelo que recibiesen con ellos. Esto queda ya declarado en el capítulo vi deste tercer tratado.

Demas destas conveniencias susodichas hay otras muchas; porque todos los frutos del árbol de la Cruz, de que se trata en lo que se sigue dende el capítulo xiii hasta el capítulo xvii, son también conveniencias deste misterio. Ca por esto fué cosa convenientísima que el Salvador padeciese, para hacernos todos los beneficios que en estos cuatro capítulos se recuentan. Y así cada uno por sí es juntamente fruto y conveniencia deste misterio, y ayuda grande para la virtud. Pero no se acaban aquí los frutos suavísimos deste árbol de vida: porque, como dice Sancto Tomas (f), cuanto uno mas pensare en este misterio, tantos mas frutos y conveniencias hallará en él.

### CAPITULO XIII.

Comiézase á declarar cómo la sagrada Pasion fué medio convenientísimo para remedio de las miserias y necesidades humanas.

Dijimos al principio que entre todos los medios que la divina sabiduría podía ordenar para nuestra salud, el de la sagrada Pasion era el que mas convenia, así para la gloria de Dios como para remedio de nuestra miseria. Lo primero hemos declarado hasta aquí, aunque brevemente: resta declarar lo segundo, que es cómo este mismo medio era el que mas convenia para remedio de nuestras necesidades. Entre las cuales la primera era de satisfacer á la divina Majestad por las culpas cometidas, y ser los hombres restituidos en su amistad y gracia. Esto ya vimos cuán perfectamente lo cumplió nuestro Salvador con el sacrificio de su Pasion, y por eso no tenemos que decir aquí sobre este paso. Siguese tras esto el remedio de las otras necesidades y enfermedades espirituales que nos impiden el camino del cielo.

Pues para la inteligencia desto se ha de presuponer que el hombre en cuanto hombre no tiene mas que dos cosas propias, con que se diferencia de los otros animales, y se hace semejante á los ángeles: que son entendimiento y voluntad; todo lo demas tiene commun

(d) In Natal. Dom. serm. 4. (e) Serm. 1. de Nativ. Dom.  
(f) 5. p. á q. 46. usque ad 49. et Opusc. 2.

con los brutos. Estas dos potencias de nuestra ánima quedaron por el pecado muy dañadas y estragadas. Ca el entendimiento quedó muy escurecido para el conocimiento de Dios y de sus cosas (de donde manó tanta muchedumbre de idolatrías, y supersticiones, y herejías, con otros mil errores que ha habido en la vida humana) y la voluntad quedó flaca, enferma y rebelde, y lo que peor es, inclinada á amar mas á sí y á sus cosas propias que á Dios: que es lo esencial del pecado original, y la raíz y manantial de todos los pecados.

Siendo esto así, síguese que el remedio principal del hombre consiste en la reformation destas dos partes tan señaladas que hay en él (junto con la reformation de las otras potencias inferiores de nuestra ánima), curando las dolencias espirituales dellas, que nos impiden el camino de la virtud. Para lo cual no se podia hallar otra medicina mas eficaz que el misterio de la sagrada Pasion, la cual basta para la cura y remedio de todas. Porque pues Dios con ser uno y simplicísimo, contiene en sí las perfecciones de todas las cosas, razon es que la Pasion del Hijo de Dios sea proprio y singular remedio de todas nuestras dolencias; y esto de tal manera, que así aprovecha á cada una dellas, como si para sola ella fuera instituida, y no para las otras: lo cual cierto es cosa de grande admiracion. Y la causa desto es, que por cuanto por esta sagrada Pasion nos vinieron infinitos bienes, por eso no es mucho que ella sea proprio y singular remedio de todos nuestros males.

#### §. I.

De cómo la sagrada Pasion es perfectísima medicina de las dolencias de nuestro entendimiento.

Comencemos pues por la reformation y cura de nuestro entendimiento, la cual consiste en tener verdadero y sano conocimiento de Dios, y de todas las cosas que pertenecen á su servicio. Y descendiendo á cosas particulares, veremos cuánta luz para esto se nos da por el misterio de la sagrada Pasion. Pero esto será apuntando las cosas brevemente, mas para que por estos ejemplos aprendamos á filosofar en esta materia, que para proseguir á la larga lo que sobre ella se pudiera decir.

Pues si la reformation de nuestro entendimiento consiste en tener sano el conocimiento de Dios y de sus grandezas y perfecciones, ¿dónde resplandescen mas este conocimiento que en el misterio de nuestra redempcion? Porque como en esta vida no podamos conocer á Dios por sí mismo, sino por sus obras, y mucho mas por las mas excelentes, y ninguna lo sea mas que esta de la sagrada Pasion, síguese que ella es la que nos da mayor conocimiento dél, y de sus divinas perfecciones. Porque ¿dónde resplandescen mas claro la bondad de Dios, y su caridad, y su misericordia, y su justicia, y su providencia, y su sabiduría y omnipotencia, que en el misterio de la Cruz? Esto está ya en particular declarado en los seis capítulos pasados, y por eso no es necesario repetirlo aquí.

Pues si queremos entender cuánta sea la dignidad y importancia de la virtud, digo para esto que todos cuantos libros hay en el mundo escriptos sobre esta materia, no declaran tanto esto cuanto haber Dios bajado del cielo á la tierra, y vestidose de carne humana, y convertido treinta y tres años con los hombres, y al cabo padecido muerte de cruz, acompañada con inmensos dolores. Y si preguntais por la causa desto, el Apóstol la

declara, diciendo (a): Entregóse á la muerte por librarnos de todo pecado, y hacer un pueblo limpio y seguidor de buenas obras. Pues ¿qué cosa se puede imaginar de mayor eficacia para hacer estimar la virtud, y incitar al amor della, que ver lo que el Hijo de Dios y sabiduría eterna hizo sobre esta causa?

Pues si queremos saber cuán grande sea la fealdad y malicia del pecado, miremos la satisfaccion que Dios por él pidió; que no fué menor que la sangre y vida de su unigénito Hijo, que valia mas que todas las vidas de los hombres y de los ángeles. Y por aquí también veremos cuál sea el odio y aborrecimiento que Dios le tiene; pues tanto hizo y padesció por desterrarlo del mundo. En lo cual parece que en alguna manera aborreció mas al pecado, que amó la vida del Hijo, pues consintió en la muerte del Hijo por matar el pecado. Pues ¿qué mayor odio se puede imaginar que este? Y ¿qué será del que Dios hallare abrazado con cosa que él tanto aborresce?

Y por aquí también podemos venir á tener el dolor y aborrecimiento de los pecados que somos obligados, considerando que ellos fueron los sayones que azotaron á Cristo, y lo abofetearon, y coronaron de espinas, y escarnecieron, y crucificaron; porque si no entrevinieran aquí pecados, nada desto padesciera.

Y así puede lamentarse el verdadero penitente, y decir: Señor, yo te hice sudar gotas de sangre, yo te escupí, yo te abofetéé, y te puse la Cruz sobre esos hombros molidos y desollados; yo te di á beber tantas hieles, cuantas veces te ofendí, y agora te las daría cuando poco, si fuese deso capaz. Y así te quejas de mí por Sant Bernardo diciendo (b): Hombre, ¿no fuí asaz herido por tí? ¿No miras cuánto padescí por tus maldades? ¿Por qué acrescencias afliccion al afligido? Porque mayor pena me dan las heridas de tus pecados, que las llagas de mi cuerpo. Y en otro lugar dice el mismo Señor por el mismo sancto: ¡Oh hombre, mira lo que por tí padezco! No hay dolor que iguale con el mio. A tí llamo yo que por tí muero. Mira las penas que me atormentan, mira los clavos que me traspasan. Y siendo tan grandes los dolores que por de fuera padezco, mayor es el que en lo interior siento cuando te veo tan ingrato.

#### §. II.

Por este sagrado misterio se conoce la dignidad del ánima, y valor de las cosas espirituales.

Por aquí también conocerá el hombre la dignidad y valor de su ánima, considerando el precio por que fué comprada. Porque, como dice Sant Pedro (c), no fuimos comprados por oro ni plata (que son metales corruptibles), sino por la preciosa sangre de aquel Cordero sin mancilla, Cristo Jesu. Por donde verá el hombre en cuánto debe estimar la cosa que un tan sabio mercader que nos vino del cielo, tanto estimó; y cómo no debe cambiar por viles y abatidos precios lo que él tanto preció. Por lo cual dice Sant Augustin (d): Viendo yo que mi ánima había sido comprada por la sangre del Hijo de Dios, no quise mas ponerla en almoneda. Y por aquí también verá el hombre en cuánto debe estimar á su prójimo, aunque sea un vil esclavo; pues Dios tanto lo estimó, que dió su sangre por él.

Asimismo cuánto debe recelar de escandalizarle y

(a) Tit. 2. (b) In quod. serm. de Pass. Dom. (c) 1. Petr. 1.  
(d) Append. tom. 10. de divers. serm. 43.

darle ocasion de hacer algun pecado con que mate su ánima, porque esto es derramar por tierra la sangre de Cristo. Porque si (como dicen) es oro lo que oro vale, sangre de Cristo es lo que su sangre costó, y esa se derrama cuando una ánima pecando se pierde.

Por aquí verá también cuán graves sean las penas del infierno, pues tan crueles penas padesció el Hijo de Dios por librarnos dellas. Y porque las mayores penas deste lugar son el desamparo de Dios, y el padecer sin alguna consolacion, y ser entregado en poder de los demonios, él por su inmensa caridad quiso probar algo destas penas; pues él padesció sin alguna consolacion, y fué desamparado de su eterno Padre, y fué entregado á los príncipes de las tinieblas, para que por medio de sus miembros y ministros ejecutasen en él todas las crueldades que quisiesen. Por lo cual justamente fuimos librados destas tan crueles penas.

Pues ¿qué dirémos del valor de la gracia y de la gloria que por este mismo precio fueron compradas? Porque por eso ni se dió el Espíritu Sancto, ni se abrieron las puertas del cielo, hasta que este tan grande precio se dió por ellas. Y así por el valor del precio podrémos conocer la dignidad y excelencia destas dos cosas que por él fueron compradas.

Y así por estos y por otros semejantes ejemplos podemos entender que la Cruz de Cristo sea una balanza en la cual debemos pesar por este modo el valor y grandeza de todas las cosas espirituales; para que no las pesemos en la balanza engañosa de Canaan (e), que es el juicio y estima ciega de los hombres mundanos; en la cual pesa mas un deleite sensual, ó un poco de interese temporal, ó un punto de honra vana, que Dios con todas sus riquezas y promesas. Mas la Cruz es el peso del santuario (f), con el cual se han de pesar todas las cosas que pertenecen al culto de Dios; donde cada cosa tiene su justo precio y valor.

Por aquí pues veremos cuán universal y cuán excelente sea la filosofía de la Cruz, por la cual tantas cosas se saben tan de raíz; y cuán fácil sea de aprender aun á los simples y ignorantes. Los filósofos á cabo de mucho estudio y de muchos años alcanzaban algo del conocimiento de Dios, y esto no sin mezcla de muchos errores; mas aquí una simple viejecita por el misterio de la Cruz alcanza sin algun estudio y sin error este conocimiento de Dios y de todas las cosas que pertenecen á nuestra salud, como está declarado.

Y siendo esto así, veremos cuán perfectamente se cura la ceguedad de nuestro entendimiento con el misterio de la Cruz; pues la cura dél es darle conocimiento de Dios y de sus cosas; el cual habemos visto en estos pocos ejemplos cuán fácil y cuán perfectamente se alcanza por este misterio. Y así con este precioso colirio de la sangre de Cristo, quedan los ojos de nuestro entendimiento esclarecidos, y curados, y libres de la ceguera y engaños del mundo.

### CAPITULO XIV.

De la reformation de la voluntad, para la cual nos ayuda la sagrada Pasion.

Después de la reformation del entendimiento síguese la de la voluntad; la cual consiste en estar ella adornada con todas las virtudes, mayormente con aquellas que tienen su lugar y asiento en ella. Entre las cuales la primera

(e) Osee 12. (f) Levit. 19. 27.